

Revista Vectores de Investigación

Journal of Comparative Studies Latin America

ISSN 1870-0128

ISSN online 2255-3371

Héctor Díaz Zermeño, Mario Ramírez Rancaño

AURELIO BLANQUET

UNA SEMBLANZA NECESARIA

AURELIO BLANQUET A NECESSARY REMEMBRANCE

Vol. 4 No. 4, 33-55 pp.

Héctor Díaz Zermeno
Profesor
Investigador de
la FES Acatlán,
UNAM, México
Investigador
colaborador de
la CIECAL;
México

Mario Ramírez Rancaño
Investigador del
Instituto de
Investigaciones
Sociales,
UNAM, México

Palabras claves:
Blanquet
militar, México

Aurelio Blanquet
Una semblanza necesaria
AURELIO BLANQUET A NECESSARY
REMEMBRANCE

ENVIADO 9-01-2012 / REVISADO 23-01-2012
ACEPTADO 30-01-2012

RESUMEN En la historia oficial, la mayoría de los militares que integraron el extinto ejército federal han sido sumamente satanizados. Se les trata como seres apestados sobre los cuales no vale la pena ocuparse. Alguien ha dicho que sus actos alcanzaron tal perversidad que sólo merecen el infierno. En un medio hostil y adverso, algunos cronistas o historiadores aficionados se han lanzado al ruedo y han escrito sendas biografías. Por su parte, los historiadores oficiales se han ensañado con algunos antihéroes ejercitando una suerte de deporte nacional, el tiro al blanco para ser exactos. Pero en realidad, ¿todos ellos son seres demoniacos? Ninguna virtud tuvieron que amerite ocuparse de ellos.

ABSTRACT In the official history most of the military forces of the extinct Federal Army have been overly demonized; classed and treated in a beleaguered position worthless to be considered. It has even been said that their acts were as obscure they deserve nothing but hell. In such hostile and adverse environment some chroniclers and historians have stepped up and wrote such biographies. Official historians practice a national sport bashing some antiheroes, practicing target shooting to be more accurate. Yet, are all of those really demonic? Having no virtue for consider them worth of talking about? As a response this paper presents the "fair" biographical sketch of Aurelio Blanquet.

Introducción

Escasos son los militares que han escrito sus memorias. En este terreno, predominan los civiles, quienes por supuesto están fuera de nuestro análisis. Porfirio Díaz escribió sus *Memorias* las cuales tienen una utilidad

parcial. Reflejan una parte muy limitada de su vida. En cambio, las biografías sobre su persona son abundantes. Existen aquellas escritas al amparo de su régimen, apologéticas por excelencia, y las correspondientes a la época postrevolucionaria, en que su obra y su figura resultan destrozadas. Una revisión pormenorizada de todas ellas cubriría páginas y más páginas. Luis González y González calculó el total de biografías e identificó los nombres de sus autores, figurando por igual mexicanos y extranjeros. Según su recuento, mientras Díaz fue el “amo” y “señor” de México, en un periodo de veintisiete años, inspiró cincuenta y seis obras biográficas. En la etapa de satanización del porfiriato, entre 1911 y 1945, Díaz sirvió de tema a veintiocho libros¹. Entre las consideradas célebres en los años de gloria del caudillo de Tuxtepec figura la de H. Bancroft, llamada precisamente *Porfirio Díaz*, de la Godoy; e incluso la de Mateo Podan llamada *Porfirio Díaz, deber y haber* (1944); Ralph Roeder escribió dos volúmenes bajo el título de *Hacia el México moderno: Porfirio Díaz* (1992), que resultan en extremo farragosos. Transcribe una gran cantidad de material sin aportar la fuente de procedencia completa. Para arruinar el cuadro, cuando menos en la versión española, ni en el cuerpo del texto, ni al final, puso la bibliografía consultada. Se da el caso que cita una gran cantidad de diarios que dice haber consultado, pero la fecha no aparece. Una novela histórica interesante es la de Carlos Tello, llamada *El exilio. Un relato de familia*, la cual utiliza fuentes y testimonios familiares. Además de estar bien escrita, está al alcance de todos. Pero sin duda, la *Historia moderna de México*, coordinada por Daniel Cosío Villegas, es la obra más destacada. No es precisamente una biografía, pero en seis volúmenes da cuenta del porfiriato en sus distintas facetas: la económica la política y social². Criticada por unos, aplaudida por otros, resulta ser la obra de mayor impacto en el medio académico. Recientemente apareció una supuesta biografía sobre Porfirio Díaz, cuyo autor y título de la obra no vale la pena recordar. Tiene todas las trazas de un vulgar resumen de las *Memorias de Porfirio Díaz* y de algunos volúmenes de la *Historia moderna de México* coordinada por Cosío Villegas. Sin bien tuvo buena acogida en el medio intelectual, se puede asegurar sin ambagües, que su aportación es nula.

¹ El recuento bibliográfico aparece en Luis González, *La dictadura de Díaz*, en Julio Labastida Martín del Campo (coordinador), *dictaduras y dictadores*, México, Siglo XXI, 1986, p. 161-1778. El propio Porfirio Díaz escribió sus memorias llamadas justamente *Memorias de Porfirio Díaz*, 2 vols. México, CONACULTA, 1994. Para citar sólo unos cuantos títulos, se tienen los siguientes: H. H. Bancroft, *Porfirio Díaz*, J. Creelman, *Díaz, Master of México*, Nueva York, y Londres, 1912; Carleton Beals, *Porfirio Díaz. Dictator of México*, Philadelphia, Lippincott, 1932; Francisco Bulnes, *El verdadero Díaz y la revolución*, México, Contenido, 1992; Jorge Fernando Iturrubarría, *Porfirio Díaz ante la historia*, México, 1967; José López Portillo y Rojas, *Elevación y caída de Porfirio Díaz*, México, Porrúa, 1957.

² El volumen IV, fue escrito por Moisés González Navarro, *El Porfiriato. La vida social*, México, Hermes, 1958; el V, por Daniel Cosío Villegas, *El Porfiriato. La vida política exterior*, primera parte, México, Hermes, 1960; VI, *El Porfiriato. La vida política exterior*, segunda parte, México, Hermes, 1963; VII, Luis Nicolau D’Olwer, Francisco R. Calderón, Guadalupe Nava Oteo, Fernando Rosenzweig, Luis Cossío Silva, Gloria Peralta Zamora y Emilio Coello Salazar, *El Porfiriato. La vida económica*, primera y segunda parte, México, Hermes, 1965; VIII, Daniel Cosío Villegas, *El Porfiriato. La vida política interior*, primera parte, México, Hermes, 1970; IX, Daniel Cosío Villegas, *El Porfiriato. La vida política interior*, segunda parte, México, Hermes, 1972.

Por su papel jugado en la Revolución Mexicana, a veces real y otras veces inventado, Felipe Ángeles ha llamado la atención de propios y extraños. Es visto con franca simpatía, es el héroe por excelencia. Jamás se le ha acusado de desertor del ejército federal, ni de represor de zapatistas. Gracias a los buenos oficios de los historiadores oficiales, y de intelectuales pro zapatistas, es visto casi como un benefactor. El clímax lo alcanza gracias a su papel de estrategia militar jugado en las filas villistas. Incluso algunos le atribuyen cualidades de pionero en las lides del socialismo, de la cuestión agraria y educativa.³ Al vivir muchos años más después de concluida la Revolución Mexicana, Marcelo Caraveo (1992) no esperó a que alguien se ocupara de su vida y escribió sus propias *Memorias*. Como era previsible, el aguerrido “irregular” del ejército federal ocultó aquello que lo podía incomodar y exaltó lo que le convenía. Fue uno de los que con gran éxito se sumaron al carro de la revolución.

Sobre Huerta existen las llamadas *Memorias de Victoriano Huerta*, que todos califican de apócrifas, e incluso se menciona al periodista Joaquín Piña como su autor. Originalmente publicadas en Barcelona, tal como se registra en una edición cuyo ejemplar existe en el Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional, en 1915 en El Paso, Texas, y luego en México, han sido varias veces reeditadas. Recientemente el senado de la República (1957) sacó a la luz pública una nueva edición. No les atribuye mucho valor, pero siguen siendo consultadas. En algunas partes del texto aparece un Huerta emitiendo juicios despectivos y bastante ácidos. Pero quizás la mejor investigación sobre su persona, su obra y su régimen, sea la de Michael C. Meyer (1983), llamada *Huerta. Un retrato político*. A nadie escapa que se trata de una investigación que busca reivindicar tanto la personalidad como la obra de Huerta. Para algunos se trata de un libro sugerente y a otros, una simple provocación. No se trata de un libro muy difundido, pero justamente por su carácter provocativo, ha dejado secuela. El mismo Michael C. Meyer (1984) se echó a cuestras la tarea de rescatar la figura y personalidad de Pascual Orozco. Publicado por la UNAM, y a pesar de ser una investigación cuidadosa, el libro no despertó gran interés. A Bernardo Reyes se le atribuyen muchas virtudes, tantas que parecen ser producto de la imaginación y de la fantasía. Pero quien ha puesto en claro su verdadero papel en la dictadura porfirista y el maderismo, ha sido E. V. Niemeyer (1966) en el libro *El General Bernardo Reyes*. Publicado por el Gobierno y la Universidad de Nuevo León, no ha sido muy conocido. Dolido por los ataques lanzados en su contra, calificándolo de traidor por disolver al ejército federal, e incluso de cobarde por no haber asumido la presidencia de la República en agosto de 1914, José Refugio Velasco tuvo en Miguel S. Ramos (1960) a la persona ideal para ayudarlo a defenderse. El libro es vital para conocer la postura de quien se echó a cuestras la responsabilidad de desaparecer una institución tan delicada y peligrosa como es el ejército. Pero hubo otra persona que salió en su auxilio. Se trata

³ Odile Guilpain Peuliard, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución Mexicana*, México, F. C. E., Federico Cervantes, *Felipe Ángeles y la revolución (Biografía 1869-1919)*, México, sin editorial, 1964; Alberto Calzadiaz Barrera, *Hechos reales de la revolución. Octavo tomo, General Felipe Ángeles*, México, Ediciones Patria, 1982.

de José López Portillo (1960: 339-436) quien escribió dos largos artículos, de alrededor de un centenar de páginas cada uno, para delinear la personalidad y carrera militar de José Refugio Velasco.

Félix Díaz tuvo en su amigo Luis Liceaga (1958) a su mejor biógrafo. El libro, por cierto voluminoso, contiene la mayoría, si no es que todos, los manifiestos del movimiento felicista. Por supuesto que se trata de una versión apologética, pero los documentos son de gran valía. Una prueba de que tales antihéroes causan repulsión consiste en que pasado medio siglo, el libro es posible encontrarlo en las librerías de ocasión. Años más tarde, Peter Henderson (1973) se interesó en el mismo personaje, lo cual indica que Félix Díaz tiene sus seguidores. Antimaco Sax (1916), seudónimo de José Elguero, para mayores señas, exdirector del diario *El País*, en su obra, *Los mexicanos en el destierro*, incluyó un capítulo con las biografías de algunos militares huertistas exilados en los Estados Unidos y en la Habana. Junto con el *Diario* de Federico Gamboa, son vitales para enterarse de los mexicanos que a causa de su militancia porfirista y huertista, tuvieron que exiliarse.

Pero en eso de darse a conocer, Juan Andrew Almazán (1957, 1958, 1959) resultó todo un maestro. Con la intención de limpiar su pasado antimaderista, huertista y anticarrancista, cuando menos en dos ocasiones escribió sus *Memorias*, aunque el problema es que las publicó por entregas en *El Universal*. A raíz de ello, están dispersas y resultan de difícil consulta. Hasta hoy en día, nadie se ha interesado en reunir las y publicarlas en forma de libro. Como también vivió muchos años después de la revolución, conoció mucho mundo. Si bien la imagen es de un personaje vivo y oportunista, en 1940 estuvo a un paso de sentarse en la silla presidencial. Es posible que existan más biografías y memorias sobre otros tantos militares que por su papel jugado durante el porfirismo, el maderismo y el huertismo, sigan provocando repulsión en vez de simpatía, pero de cualquier forma, valdría la pena publicarlas para conocerlas. Y si no existen ni las unas ni las otras, también valdría la pena realizarlas. Así el cuadro se tendría completo. Se tendría la versión íntegra de la Revolución Mexicana, la de los triunfadores, y la de los vencidos o derrotados.

I

Hasta hoy en día, permanecía olvidada en el cajón de los desperdicios la biografía de otro personaje etiquetado de "maldito", llamada *El general Blanquet*, escrita por Roberto Gayón y publicada en Nueva York en el año de 1918. Su rareza es extraordinaria al grado que nadie la ha citado. Como no la citan ni los historiadores mexicanos ni extranjeros, nos atrevemos a especular que casi nadie las conoce. Basta revisar las bibliografías utilizadas y su ausencia es absoluta. Se trata de un centenar de páginas en las que se narra su niñez, su vocación por la carrera de las armas, su papel jugado durante el Imperio de Maximiliano, el porfirismo, el maderismo, el huertismo. Su exilio a partir de la caída de este último es escueto. No aparece reflejado su retorno a México durante el carrancismo, durante el cual perdió la vida, un año después de publicada su biografía. Pero en

realidad, ¿Blanquet es un personaje que valga la pena? ¿Jugó un papel político y militar importante durante los gobiernos citados? Nos atrevemos a decir que sí. Se trata de un personaje de primer nivel. Al margen de su trayectoria militar que cubre más de tres décadas, aparece incriminado en el fusilamiento de Maximiliano, el fugaz Emperador de México, y en dos los asesinatos más célebres del México revolucionario. Se trata de los asesinatos de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez. Esto último le ha acarreado una fama siniestra sólo igualada por la de Victoriano Huerta y Aureliano Urrutia. Todo ello sin faltar el señalamiento de que a mediados de 1911 reprimió a los propios maderistas en la plaza de toros de Puebla. Sólo que en este caso sus culpas fueron atemperadas por el Apóstol de la Democracia. Pero no son los únicos. En la historiografía oficial, a Huerta le han contabilizado de manera rigurosa sus víctimas, pero aun así, a juicio de Andrés Molina Enríquez, su número resulta inferior al registrado durante el carrancismo, el obregonismo, el callismo, y otros gobiernos (Molina, 1986: 141). De Aureliano Urrutia, el médico que supuestamente mandó asesinar a Belisario Domínguez, se han dicho muchas cosas, algunas ciertas y otras falsas. En relación a Belisario Domínguez, sus detractores señalan que Urrutia dictó la orden criminal cuando estaba al frente de la Secretaría de Gobernación. Un simple cotejo de las fechas indica que ello es falso. Urrutia no pudo dictar la orden, simplemente porque ya no estaba al frente de la citada secretaría. Sobre Juvencio Robles, el estigma de asesino de zapatistas permanece inmutable. Si bien cumplió la misma encomienda de Felipe Ángeles, la pacificación de la zona zapatista, a Robles se le pinta de implacable destructor y asesino, y a Ángeles casi como un ángel. Suerte similar a la suya ha corrido Arnoldo Casso López, aunque se trata de un personaje menos conocido (Ulloa, 1979: 71; González, 1974: 507). Pero el abanico es más amplio. Un oscuro personaje, Enrique Cepeda, gobernador del Distrito, cercado a Huerta cometió la insensatez de asesinar a Gabriel Hernández, un dirigente maderista que ganó fama en suelo hidalgense. En este caso, se dice que lo hizo por puro placer. La resultante es que su nombre y apellido quedaron marcados.

II

En la hoja de servicios de Blanquet se asegura que nació en Morelia, Michoacán, allá por el año de 1848. Asimismo se asegura que se incorporó al ejército federal el 4 de enero de 1877 (Archivo del Senado, 1914). De hecho coincide con el ascenso de Porfirio Díaz al poder. Oficialmente, en el mismo año se incorporaron a la institución armada Abraham Aguirre, Fernando Trucy Aubert, José María Camacho, Pascual Uría, Florencio Alatraste, Luis B. Becerril, Víctor M. Morón, entre otros, sin pasar por las aulas del Colegio Militar. Hubo otros que sí se formaron ahí, como Abelardo Ávalos, Carlos M. Peña, Ignacio Montes de Oca y Miguel Gil. De todos ellos, con el tiempo, el que más destacó fue Trucy Aubert. Un año antes, ingresó al Colegio Militar nada menos que Manuel Mondragón, quien también llegó a ocupar la secretaría de Guerra y Marina, y otro personaje satanizado, Arnoldo Casso López. La carencia de estudios en el Colegio Militar no fue obstáculo para sobresalir en la carrera de las armas. Por ejemplo, en 1876

ingresaron al ejército José María Mier, Eduardo Cauz, Gaudencio de la Llave, Pedro Ojeda, Mariano Troncoso, entre otros, jugaron un papel relevante en la Revolución Mexicana. En 1878 se sumó a las filas castrenses Ignacio Morelos Zaragoza, sobrino del general Ignacio Zaragoza, defensor de Puebla durante la invasión francesa. Al igual que otros, tampoco consideró pertinente prepararse en el Colegio Militar. La carrera militar de todos ellos perduró hasta la disolución del Ejército Federal acaecida en agosto de 1914.⁴

Pero el dato de la incorporación de Blanquet al ejército no es del todo cierto. De acuerdo con Gayón, Aurelio Blanquet hizo suya la carrera de las armas desde el año de 1863, en plena intervención francesa. Lo hizo en las fuerzas republicanas, aunque debido a los vaivenes de la guerra, sirvió unos meses en las fuerzas imperialistas. Siguiendo su hoja de servicios, se asegura que no partió de cero, sino que lo hizo como Subteniente de la Guardia Nacional de Guanajuato. En agosto del mismo año pasó a ser Subteniente de Infantería de la rama de Auxiliares. De ahí en adelante su ascenso en el escalafón militar fue lento. Nada especial que augurara una brillante carrera militar. Hasta 1887 fue ascendido a Teniente, en 1890 a Capitán Segundo, en 1898 a Capitán Primero, en 1901 a Mayor, un año más tarde a Teniente Coronel. Casi un cuarto de siglo para llegar a la antesala del coronelato, un grado militar ya respetable. Justo en diciembre de 1905, con Díaz en el poder, Blanquet fue ascendido a Coronel. Durante el resto del porfiriato ya no hubo más ascensos militares. Fue a partir del maderismo que Blanquet ascendió en forma meteórica en el escalafón militar. En diciembre de 1911 ascendió a general brigadier y el 10 de febrero de 1913 a general de brigada. Esto es, en plena decena trágica. A escaso un mes del ascenso de Huerta al poder, el 20 de marzo de 1913, fue elevado a general de División. En la primera semana de marzo de 1914 fue distinguido con el nombramiento de General de Cuerpo de Ejército. En la última semana de mayo del mismo año obtuvo el grado máximo, el de General de Ejército. Como se infiere, en menos de dos años y medio, escaló los cinco peldaños del generalato. Desde general brigadier hasta general de Ejército, algo que muy pocos lograron en el Ejército Federal.

III

Salvo ligeros intervalos, a lo largo de la dictadura, Blanquet fue un hombre de armas. No estuvo en la capital de la República realizando labores administrativas. Un vistazo a su hoja de servicios refleja que participó en las principales campañas de pacificación de los indios mayas y yaquis, por cierto muy difundidas en la historia oficial, utilizadas para satanizar al régimen porfirista. En lugar de campañas pacificadoras, se presentan como campañas exterminadoras. Por ejemplo, entre marzo de 1886 y agosto de 1887 estuvo en campaña contra los yaquis en Sonora; entre noviembre de 1887 y febrero de 1888 participó en Sinaloa en la campaña contra Heraclio

⁴ Los datos han sido extraídos de las ratificaciones de todos ellos existentes en el Archivo Histórico del Senado de la República, y sistematizados por Mario Ramírez Rancaño quien prepara una investigación sobre el Ejército Federal.

Bernal y allegados; después de un breve respiro, entre 1891 y 1893 tomó parte en la campaña contra los bandidos capitaneados por Catarino Garza en Tamaulipas. En octubre de 1894 marchó hacia Tenosique, Tabasco, para resguardar la zona motivada por un grave incidente con Guatemala. Debido a reiterados desacuerdos por los límites entre México y Guatemala, se registraron invasiones guatemaltecas a territorio mexicano y ataques a las propiedades de los nacionales. Como Guatemala se rehusó a cumplir con lo estipulado en el Tratado del 27 de septiembre de 1882, México retiró a su representante diplomático y advirtió que utilizaría las armas para defender sus derechos. En señal de que no estaba jugando, movilizó las tropas necesarias y puso al frente de ellas al general Bonifacio Topete. Al final de cuentas Guatemala entendió y en abril de 1895 se firmó un acuerdo que puso fin a tales incidentes. Después marchó a Yucatán para participar en la campaña de pacificación de los mayas hasta mediados de 1904 en que se declaró concluida dicha campaña. En 1911, en plena revolución maderista, al igual que varios jefes federales, le tocó combatirla en diversos lugares del Estado de Puebla, e incluso derrotó una columna mandada por el propio Emiliano Zapata.

IV

A lo largo de su vida, Aurelio Blanquet estuvo envuelto en varios incidentes clave del México de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX. En los primeros meses de 1867 los republicanos se lanzaron sobre las tropas imperiales, y por aras del destino, Blanquet tomó parte en el sitio de Querétaro. En mayo del mismo año, Maximiliano claudicó. En el Cerro de las Campanas, junto con varios de sus jefes, izó bandera blanca y llamó al general Escobedo para entregarle su espada. Por órdenes de éste último, junto con Miramón y Mejía, fueron conducidos al convento de Teresitas y luego al de Capuchinas. Juzgados conforme a la ley del 25 de enero de 1862, fueron condenados a la pena de muerte la cual se fijó para el 19 de junio. En el ínterin, Blanquet fue el encargado de asear la celda del Emperador y de cambiarle todos los días los cordales (velas de sebo). Por consiguiente lo conoció y trató muy de cerca. Pero eso no fue todo. Al ser designados los pelotones de fusilamiento, Blanquet fue elegido para darle el tiro de gracia. Roberto Gayón narra con lujo de detalles el día de la ejecución. Los preparativos realizados desde las primeras horas de la mañana, el traslado de los prisioneros al Cerro de las Campanas, su llegada al citado lugar y su descenso de los carruajes. Llevando un crucifijo en la mano, y acompañados cada uno de un sacerdote, Maximiliano, Miguel Miramón y Tomás Mejía se dirigieron al lugar designado para su ejecución. Mientras los pelotones de fusilamiento se alistaban, Gayón narra la entrada en escena de un menor de edad, vestido de negro, llevando tres vendas de seda negras en una bandeja con una “M” bordada en el centro. En forma dramática, Maximiliano las tomó entre sus manos, las oprimió y devolvió al portador dándole las gracias. Después de pronunciar unas palabras cada uno de los sentenciados, el capitán Montemayor dio la señal de fuego. Entre el humo de la pólvora apareció tendido boca arriba el cuerpo de

Maximiliano. Llegado a este punto, vale la pena transcribir en forma textual el párrafo siguiente:

Entonces Montemayor dio orden al Sargento Blanquet, que no había disparado su arma en espera de hacerlo cuando se le mandara, de darle el tiro de gracia. Blanquet se aproximó, pues, al cuerpo de Maximiliano, y poniendo su fusil casi a quemarropa sobre el corazón, disparó, quedando exánime el Emperador, terminando así la vida de este infortunado príncipe (Gayón, 1918).

Como se observa, sin inmutarse, a los 19 años de edad, Blanquet cumplió con la tétrica tarea que le fue asignada. Este suceso ha sido mencionado por algunos historiadores, pero también había demasiadas dudas sobre su veracidad. Con este testimonio, ellas quedan despejadas.

El segundo incidente en el cual se vio envuelto Blanquet, según Gayón, tuvo lugar los días 12 y 13 de julio de 1911 en la ciudad de Puebla⁵. El país era gobernado por Francisco León de la Barra y envalentonados, los maderistas festejaban el triunfo, a la vez que cometían excesos y desmanes. Para la primera fecha, la correcta a nuestro juicio, estaba anunciada la visita de Madero a Puebla. Rafael Cañete gobernaba Puebla, y el general Luis G. Valle fungía como Jefe de las Operaciones Militares de Puebla, secundado por Aurelio Blanquet, en calidad jefe de la Guarnición. Con antelación hubo rumores encontrados. Unos expresaban que se cocinaba un complot cuya finalidad era asesinar a Francisco I. Madero entre cuyos promotores figuraba un hijo del exgobernador Mucio P. Martínez. Para Gayón, los “engreídos” maderistas tramaban asaltar la Penitenciaría para liberar a los presos que calificaban de “políticos” con el auxilio de una fuerza zapatista. Como el gobernador no tenía las fuerzas suficientes para manejar la situación, le solicitó al jefe de la Zona Militar el auxilio de las fuerzas federales. Previendo posibles riesgos, Luis G. Valle le solicitó que la petición fuera por escrito. Acordado lo anterior, Blanquet dispuso la formación de tres columnas, una de las cuales quedó a su mando; la segunda del coronel Moisés Bretón, y la tercera del Mayor Javier de Moure. Las especulaciones resultaron ser ciertas y en vísperas de la llegada de Madero estalló la violencia.

Los maderistas cortaron la energía eléctrica y en la noche del 12 de julio estalló la violencia⁶. Blanquet y sus hombres se posesionaron de los lugares más importantes, incluso de la Penitenciaría. En un momento dado, Blanquet dio la orden al Capitán Luis G. Hernández de tomar por asalto la Plaza de Toros, en donde estaban acampados numerosos maderistas junto con sus familias. La refriega duró toda la noche. El asalto de la plaza de toros tuvo lugar en la madrugada del día siguiente, y al final de cuentas los federales desalojaron a los maderistas. Sobra decir que las bajas por ambas partes resulto desigual. Se calcula que hubo entre cincuenta y cien maderistas contra un puñado de federales. A la llegada de Madero el día 13, la población estaba dividida y tanto los federales como los insurgentes se preparaban para otro enfrentamiento. Sólo la intervención oportuna del mismo Madero y Francisco Vázquez Gómez la impidieron. En opinión de los revolucionarios, Madero debió condenar públicamente al ejército federal, pero no lo hizo. Incluso, en un acto público, Madero abrazó públicamente al

⁵ En realidad el incidente tuvo lugar la noche del 12 al 13 de julio.

⁶ Fue la noche del 12 al 13 de julio.

general Valle, y prometió gestionar el ascenso de Aurelio Blanquet en el escalafón militar. Al mismo tiempo, Madero felicitó al 29º Batallón de Blanquet por su lealtad y disciplina, y reiterada su decisión de desarmar todas las tropas rebeldes⁷. A diferencia de su intervención en el caso de Maximiliano, este hecho sí es extremo conocido.

A raíz de tales sucesos, Blanquet aparece en la historia oficial como ferviente asesino y represor de maderistas. Incluso existe una anécdota que lo pinta de cuerpo entero. Se dice que en ocasión de una campaña para batir a Jesús H. Salgado en Guerrero, Madero le encargó se moderara y no provocara demasiada efusión de sangre. La razón, había llegado a sus oídos la versión de que era “muy sanguinario”. Para Roberto Gayón, se trataba de una vulgar leyenda puesta en boca de un presidente de la República, atribuida en todo tiempo y en todas las naciones a los soldados valientes y aguerridos.

En 1912, con motivo de la campaña gubernamental contra Pascual Orozco, Blanquet estuvo presente. Inicialmente fue parte de las fuerzas comandadas por el mismo secretario de Guerra y Marina, González Salas, que terminó con la derrota de este último y su suicidio. Como para el gobierno resultaba primordial liquidar la rebelión orozquista, entró al quite en calidad de sustituto Victoriano Huerta. Blanquet continuó prestando sus servicios en esta columna militar. Todo indica que durante esta campaña se entabló la cercanía entre ambos, la cual duraría los dos años siguientes. En este caso, las fuerzas al mando de Huerta resultaron triunfadoras. Al desencadenarse la llamada decena trágica en febrero de 1913, Blanquet no figuró como uno de los promotores centrales. Fueron Manuel Mondragón, Gregorio Ruiz, Cecilio Ocón, y más tarde, Félix Díaz y Bernardo Reyes. Justo el 9 de febrero se hallaba en la ciudad de Toluca, aunque se especulaba que simpatizaba con los rebeldes. De cualquier forma, la Secretaría de Guerra y Marina le ordenó trasladarse a la ciudad de México para combatir a los sublevados atrincherados en La Ciudadela. El día 12 llegó a Tacuba y uno después a la Tlaxpana. El 15 de febrero se le ordenó entrar a la ciudad de México y ocupar el Palacio Nacional. Justo el 18 Blanquet intervino en el tercer suceso por el cual ha resultado satanizado. Huerta le ordenó que en cuanto Felipe Ángeles hiciera acto de presencia, lo atrapara y redujera a prisión. Pero esta es sólo una parte de la orden. A continuación le ordenó que apoyado en una fuerza confiable, se presentara en las oficinas presidenciales e intimara la rendición de Madero, de todo su gabinete, y los pusiera presos. Todo esto hasta que se obtuviera la renuncia de Madero y Pino Suárez. Blanquet cumplió la encomienda al pie de la letra. Formó un grupo de medio centenar de hombres comandados por Teodoro Jiménez Riveroll, Izquierdo y Enrique Zepeda, quienes tocaron la puerta, y al serles abierta, irrumpieron en la sala donde deliberaban el presidente y sus

⁷ David G. La France, *Madero y la revolución mexicana en Puebla*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1987, 122-126; y Leticia Gamboa Ojeda, “XV. El movimiento revolucionario, 1906-1917”, en Carlos Contreras Cruz, Puebla. *Una historia compartida*, Gobierno del Estado de Puebla- Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, UAP, 1993, 351-352. Para esta autora, el total de muertos en las calles y en el troteo entre ambos bandos se calculaba en 300.

ministros. Madero le preguntó a Riveroll el objeto de su presencia. Al escuchar la intimación de rendirse, Madero y sus acompañantes sacaron sus pistolas, resultando muertos Riveroll e Izquierdo, y herido Zepeda.

Mientras Blanquet esperaba el resultado de la comisión confiada a Riveroll, Felipe Ángeles se presentó en Palacio Nacional y fue aprehendido. Herido, Zepeda escapó de la sala presidencial y llegó hasta donde estaba Blanquet, alcanzando a narrarle lo sucedido. Casi de inmediato, Madero y sus acompañantes abandonaron la sala de sesiones y se dirigieron al elevador para escapar del Palacio. Blanquet se percató de ello y con la pistola amartillada se aprestó a interceptarlos. Se colocó a unos pasos de Madero intimándole a rendirse. Este es un episodio sobre el cual ha corrido mucha tinta. Palabras más, o palabras menos, la historiografía oficial lo ha explotado al máximo para mostrar a un Blanquet asesino y despiadado. De acuerdo con Gayón, el diálogo entre Madero y Blanquet fue demasiado simple. Asegura que Madero se dirigió a Blanquet con las siguientes palabras:

Aquí me tiene usted; asesíneme.

A lo que Blanquet contestó:

Yo no soy asesino, pero es usted mi prisionero.

Enseguida Blanquet tomó a Madero de un brazo y lo condujo a una sala⁸. Ese mismo día por la tarde, Huerta nombró a Blanquet Comandante Militar de la Plaza. Sea lo que fuera, esta intervención en la aprehensión de Madero manchó su nombre para siempre. Concatenado con lo anterior, viene el cuarto incidente en el cual Blanquet se vio envuelto. Se trata ni más ni menos que de la muerte de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, presidente y vicepresidente de la República respectivamente. Existe demasiada confusión sobre si hubo o no acuerdo ministerial para asesinar a Madero y Pino Suárez. Tampoco se sabe con certeza quién dictó semejante orden. De acuerdo con Gayón, al atardecer del día 22 Blanquet recibió órdenes del secretario de Guerra y Marina, Manuel Mondragón, de entregar a Madero y Pino Suárez al Mayor Francisco Cárdenas. Por cierto, el referido Cárdenas pertenecía a las fuerzas rurales dependientes de la Secretaría de Gobernación. Como es sabido la orden era trasladarlos a la Penitenciaría; aquí vuelve a plantearse la interrogante: ¿quién dio la orden de asesinarlos? Gayón, que naturalmente busca exculpar a Blanquet, refiere que éste se limitó a entregar a los prisioneros y asunto concluido. A continuación, Cárdenas y sus acompañantes se abocaron a cumplir la enmienda. Sólo que a eso de las once y media de la noche, Francisco Cárdenas y Rafael Pimienta regresaron a Palacio Nacional con la versión de que al acercarse a la Penitenciaría se habían topado con un grupo armado que buscaba liberar a Madero y Pino Suárez. Como en medio de la confusión, los prisioneros trataron de fugarse, resultaron muertos. Según

⁸ Palabras más palabras menos, el diálogo ha sido reproducido por casi todos los historiadores ocupados del maderismo. Para Michael C. Meyer, en la hora decisiva, Aurelio Blanquet le salió al paso a Madero para impedirle la fuga diciéndole: "Usted es mi prisionero", a lo cual el Presidente le respondió: "Usted es un traidor". Ante ello, Blanquet se limitó a replicarle: "Usted es mi prisionero". Ver a Michael C. Meyer, *Huerta. Un retrato político*, México, Domés, 1983, 63. Charles C. Cumberland en su libro *Mexican revolution. Genesis under Madero*, University of Texas Press, 1974, 238 es muy escueto. No alude al diálogo.

Gayón, sumamente contrariado, Blanquet le informó a Huerta lo sucedido. Como medida precautoria, Huerta ordenó que tanto Cárdenas como Pimienta fueran aprehendidos.

Con el tiempo, diversos partícipes de la decena trágica, miembros del primer gabinete presidencial de Huerta, y otros personajes, han dado su versión sobre los referidos asesinatos. Sin la menor vacilación, en unos testimonios se culpa directamente a Huerta. La razón: su investidura presidencial. Otros sacan a relucir a Félix Díaz, por su condición de sobrino del depuesto dictador. Una especie de vengador familiar. En abono a semejante tesis se alude a que durante la decena trágica fue el hombre fuerte del movimiento, sin cuya palabra nada se hacía, lo cual se reflejó en que le designó todo el gabinete a Huerta. Como complemento de tal versión, se menciona la injerencia de Ignacio de la Torre y Mier, yerno de Porfirio Díaz, quien facilitó uno de los coches que trasladaron a Madero y Pino Suárez a la Penitenciaría. Otros citan a Rodolfo Reyes, cuyo padre, Bernardo Reyes, murió durante el asalto al Palacio Nacional. Se trataría también de una suerte de venganza familiar, lo cual Rodolfo rechaza. Y no faltan quienes citan que la orden la dictó Aurelio Blanquet. Veamos: entre febrero de 1913 y junio de 1915, Francisco Cárdenas, considerado el principal asesino material, se dio el lujo de dar tres versiones distintas, cada una con su respectivo culpable, uno de los cuales resultó ser Blanquet. La primera es la versión oficial conocida por todos, consistente en que durante el traslado de Madero y Pino Suárez a la Penitenciaría fueron interceptados por un grupo de partidarios de Madero dispuestos a rescatarlo. En el tiroteo, Madero y Pino Suárez cayeron acribillados. Poco después, Cárdenas dio una larga entrevista al periodista Guillermo Mellado en la que se olvidó de la versión oficial hecha bajo juramento, asegurando que fue Manuel Mondragón el primero en ordenarle la muerte de Madero y Pino Suárez. Pero agrega un ingrediente. Que después de llevar a los prisioneros a un patio donde estaban los automóviles listos para su traslado a la Penitenciaría, Madero protestó en forma tan airada que Cárdenas dudó y regresó a las oficinas de Mondragón para que le confirmara las instrucciones. En las oficinas incidentalmente estaba Huerta quien lo sacó de dudas al decirle: “Lo que debe hacerse, tiene que hacerse”. La tercera declaración, realizada en una prisión guatemalteca, contradice las anteriores. Entonces señaló que el primero en ordenarle el asesinato de Madero había sido Aurelio Blanquet. Lejos de aclarar quién fue el asesino intelectual, las declaraciones de Francisco Cárdenas indican que era un mentiroso empedernido⁹.

⁹ Guillermo M. Mellado, *Los crímenes del huertismo*, México, 1914; Calixto Maldonado, *Los asesinatos de los señores Madero y Pino Suárez: recopilación de datos históricos*, México, s.p.i., 1922. El libro de Michael C. Meyer sobre Huerta, en las páginas 86 y 87, realiza un excelente resumen sobre las distintas versiones de Francisco Cárdenas.

V

A escasos cuatro meses de su ascenso al poder, Huerta llamó a Blanquet para ocupar la cartera de Guerra y Marina. Ocupó el lugar de Manuel Mondragón, partícipe directo del golpe de Estado de febrero de 1913. Este último no sólo dejó el puesto, sino que fue enviado al exilio del cual jamás volvió. Blanquet se convirtió en el brazo derecho de Huerta y contribuyó a delinear la estrategia militar para combatir la Revolución. Al igual que Huerta comulgaba con la tesis sobre lo que México necesitaba en tales momentos, no era “establecer una verdadera democracia, sino [...] restablecer el orden”. Junto con Huerta planearon aumentar los efectivos del ejército federal inicialmente a 80 mil, luego a 150 mil, 200 mil, e incluso el cuarto de millón, lo cual difícilmente se logró. Hizo gestiones para abastecer de refuerzos y armamento las diez zonas militares. A resultas de ello, Aurelio Blanquet, fue uno de los tres generales de ejército designados durante el huertismo. Los otros dos lo fueron Porfirio Díaz y Victoriano Huerta. Debajo de ellos estaban cuatro generales de Cuerpo de Ejército: José María Mier, Rómulo Cuellar, Ignacio Bravo y José Refugio Velasco. Se trataba de la cúspide del ejército federal. Al ascenso de Carranza al poder, tales grados fueron eliminados del escalafón militar. De cualquier forma, Blanquet tuvo otro ascenso en la esfera política. Durante las elecciones del 26 de octubre de 1913, junto con Huerta integraron la fórmula para conquistar la presidencia y la vicepresidencia de la República, la cual se dijo resultó triunfante. Para la historiografía oficial, tales elecciones resultaron una farsa y no merecen atención. Sea lo que fuera, al igual que Ramón Corral y José María Pino Suárez, en el currículum de Blanquet figura el de haber sido vicepresidente de la República. Pero la apoteosis se extendió al seno familiar. Como en la misma fecha se celebraron elecciones para resucitar la XXVI Legislatura Federal, su hijo, Aurelio Blanquet Jr., fue incluido como diputado suplente por uno de los distritos del Estado de Hidalgo (*Diario*, 1913: 1-8). Por cierto, este vástago, también siguió la carrera de las armas. En una fotografía aparece portando el uniforme de coronel.

Durante algunos meses, quizás de julio de 1913 hasta septiembre del mismo año, Aurelio Blanquet vivió momentos calificables de gloria, cuando el régimen tenía ciertas esperanzas de consolidarse. Después de ello, los apoyos al régimen empezaron disminuir en forma dramática y el barco empezó a zozobrar. Huerta y Blanquet vivieron momentos estrujantes y con gran temple buscaron una salida a la crisis la cual nunca se dio. A raíz de ello, los meses siguientes se tornaron sumamente angustiosos. El primer semestre de 1914 resultó ser una auténtica pesadilla, aunque nadie le achacó a Blanquet las derrotas del ejército federal que se sucedieron unas tras otras. Contra sus expectativas, la revolución creció al amparo del apoyo brindado por los Estados Unidos expresado en la venta ilimitada de armas, mientras que a ellos se las negaban. La provocación de los marinos en el puerto de Tampico y la invasión al puerto de Veracruz fue la señal de que su final estaba próximo. La revolución se tornó incontenible y el régimen empezó a tambalearse. Gayón asegura que a mediados de 1914, Blanquet aún tuvo arrebatos para sugerirle a Huerta una solución de emergencia para salvar el régimen. Con la ayuda de Luis Medina Barrón planeó reunir entre 12 y 15 mil hombres en Empalme, Sonora para batir a los

revolucionarios. Al frente de tal misión iría el propio Blanquet. Todo iba bien hasta que en vísperas de echarlo a andar, se topó con algo inesperado. Huerta le mostró el texto de su renuncia a la presidencia de la República, y por lógica se entiende que la suya también debía ser presentada. A causa de ello, no hubo forma de cambiar las cosas. Además, ambos convinieron en que su salida del país era necesaria para lograr la pacificación. Continuar en el poder, significaba una suerte de agonía lenta para el país.

Pero la solución adoptada tenía sus “peros”. Dejaron abandonado a parte del personal político que les fue adicto, al igual que al grueso del ejército federal. Para unos, semejante salida del país fue una auténtica cobardía. Fieles a la tradición castrense, tanto Huerta como Blanquet debieron dirigirse a las montañas y reunir la parte del ejército federal que les era fiel, y resistir hasta el sacrificio, hasta la muerte. Precisamente, en las páginas de la prensa de tales días se llegó a rumorar que en lugar de dirigirse a Puerto México para reunirse con sus familias y embarcarse rumbo al extranjero, Huerta y Blanquet se dirigían a la zona montañosa de Oaxaca para organizar la resistencia. Nada de eso fue cierto. Al margen de tal postura, ellos prefirieron huir, temerosos de que Carranza los atrapara y enviara al paredón.

VI

La prensa de la época narra la huida de ambos con tintes dramáticos. Gayón pudo haber sido más prolijo en información sobre este punto, pero no fue así. En unas cuantas líneas describe la referida huida en un automóvil, tomaron el camino hacia Texcoco, donde un tren especial los condujo a Puerto México. La medida era urgente ya que de no hacerla, existía el riesgo de resultar atrapados y ejecutados. Desde un día antes, sus familias los esperaban para embarcarse en Dresde con destino a Kingston, Jamaica. Después abordaron otro vapor que los transportó al puerto de Bristol, Inglaterra. Viajaron por ferrocarril a Londres, y a los pocos días se trasladaron a Santander, España. Sin duda que el exilio resultaba sumamente amargo. Huerta y Blanquet deambulaban derrotados, humillados, y sin saber lo que el futuro les deparaba. Víctimas de una gran nostalgia, amargura, coraje, rabia, y desencanto, se abocaron a resolver las cuestiones más urgentes y elementales. El lugar de residencia y la forma de ganarse la vida. Para un militar, un empleo resultaba difícil de encontrar. Sin saber cuándo podrían volver a México, sus ahorros terminaron por ser en extremo racionalizados. Pero como se observa, Huerta y Blanquet optaron por el exilio europeo. Así quedaban bastante lejos de las garras de Carranza. Se trataba de un lugar de exilio, inalcanzable para muchos mexicanos. Cruzar el océano resultaba muy caro de tal forma que la mayoría de los altos mandos del ejército federal se conformaron con exiliarse en la Habana o el sur de los Estados Unidos. Hacia ahí encaminaron sus pasos varios de los compañeros de armas de Blanquet. Ahí se unieron a otros que se les habían adelantado. Nos referimos a Félix Díaz, José Refugio Velasco, Pascual Orozco, Marcelo Caraveo, Juvencio Robles, Ignacio Morelos Zaragoza, entre otros tantos, sin olvidar a Felipe Ángeles,

distanciado de Francisco Villa. Hastiados de la rutina y sin futuro promisorio y halagüeño, no fue raro que varios de ellos fraguaran una conspiración. Otros, demasiado viejos, permanecieron quietos y murieron. Para citar unos casos, bastan los de Porfirio Díaz, Prisciliano Cortés, Juvencio Robles y más tarde, Manuel Mondragón. Están sepultados en el extranjero.

Después de permanecer unos días en el mismo hotel, aquí acordaron dar por terminada su aventura política y militar. Se desconocen los términos en que ello ocurrió. Si hubo ruptura violenta, o todo ocurrió en buenos términos. Gayón casi nada dice sobre ello. Y lo que dice resulta demasiado escueto y se resume en los términos siguientes: “Al separarse allí del general Huerta habían quedado rotas de hecho las ligas de esa clase que con él le habían unido, no subsistiendo sino los lazos de una antigua amistad” (Gayón, 1918). Sea lo que fuera, la separación debió ser traumática y dolorosa para ambos. Tanto uno como otro habían fracasado en la tarea de pacificar el país. Por lo demás, su frustrada aventura política se tradujo en la salida de un gran número de mexicanos rumbo al exilio. Militares, civiles, sacerdotes, políticos, hacendados, hombres de negocios, todos escapaban de las garras de los revolucionarios que habían jurado pasarlos por las armas. Todo eso había provocado el proyecto huertista de pacificar el país.

A los cuantos días de su llegada al viejo mundo, Huerta y Blanquet se enteraron de la renuncia de Francisco S. Carbajal a la presidencia de la República, y lo que resultaba peor, la disolución del ejército federal. Junto con su familia, Blanquet decidió permanecer en Madrid. Su único consuelo fue la conversión de su domicilio en un centro de reunión de viajeros y expatriados. A inicios del año siguiente, Huerta emprendió la contrarrevolución, lo cual lo obligó a cruzar nuevamente el océano para dirigirse a Nueva York, y desde ahí poner en marcha su plan. No se sabe si Huerta lo invitó a participar en él. Gayón es muy reservado y se limita a expresar que Blanquet ninguna injerencia quiso tener. A resultados del movimiento contrarrevolucionario encabezado por Huerta, otros exiliados en Europa también cruzaron el océano para apoyarlo. La prensa difundió que Blanquet fue uno de ellos y Gayón lo confirma. Dice que en julio de 1915 abandonó España para trasladarse a Nueva York, justo el lugar en que Huerta se preparaba para su incursión armada a México. Pero Gayón no dice una palabra más. No dice si Blanquet fue uno de los partícipes del movimiento contrarrevolucionario que estalló a mediados de 1915, y que terminó en sendo fracaso. La biografía llega hasta aquí. Hasta el año de 1915. Fue publicada en la ciudad de Nueva York en el año de 1918.

VII

En el primer trimestre de 1915 corrieron rumores insistentes de que Huerta se preparaba para recuperar el poder político en México. Para mayores señas se decía que había retornado al continente americano y que contaba con el apoyo de las colonias mexicana y cubana de exiliados. Efectivamente ello era cierto y como hormigas, sus partidarios se trasladaron a El Paso, Texas, y suburbios, para acompañar a su adalid, quien anunció la instalación de su gobierno en la capital de Chihuahua. Juntos cruzarían el río Bravo. Se

trataba de una aventura destinada a vengar la humillación que significaba su desalojo del poder político y su expulsión del país. Eso fue lo que los movió. Pero a estas alturas algo sucedió. En la prensa se especuló que Blanquet dejó la “madre patria” y cruzó al océano para secundar semejante cruzada, lo cual resultó cierto. Pero Blanquet se limitó a jugar un papel secundario. En su lugar, Pascual Orozco apareció convertido en el brazo derecho de Huerta. De cualquier forma, para los partidarios de Huerta reunidos en El Paso, Texas, no había gran futuro. Se arriesgaban a recuperar el poder político, o permanecían inertes mascullando su desgracia. Optaron por jugársela hasta el límite de sus posibilidades. Pero otra vez la mala suerte le jugó otra trastada a Huerta. El gobierno norteamericano intervino a favor de Carranza impidiendo que Huerta y socios cruzaran la frontera. Para abortar definitivamente el movimiento, pusieron tras las rejas a Huerta, Orozco, a otros más y asunto concluido. En vista de ello, la aventura huertista se frustró. A sus partidarios no les quedó más que desperdigarse. En su semblante no había más que amargura y desencanto. Al igual que otros exiliados, Blanquet buscó la forma de sobrevivir en los Estados Unidos. A las pocas semanas, Pascual Orozco fue asesinado por los rangers americanos y su cuerpo arrastrado a lomo de silla de caballo (Meyer, 1984: 160-161). Enterados de su suerte, Carranza, Villa y asociados, lo festejaban y juraban que si Huerta entraba al país, lo atraparían y colgarían. Al iniciarse el año de 1916, sumido en la depresión absoluta, la vida de Huerta se fue apagando y pasó a mejor vida.

Pero tal como se ha señalado, en la mente de algunos civiles y militares, jamás desaparecieron los planes contrarrevolucionarios. Félix Díaz encabezó la que quizás haya sido la más sonada, duradera, y con mayores posibilidades de éxito, pero también la más desastrosa. El sobrino de Porfirio Díaz montó una red de partidarios en Europa, Estados Unidos, Cuba y Guatemala, a la par de un sistema de recaudación de fondos, e incluso contactó a Estrada Cabrera, el dictador guatemalteco, para que le permitiera utilizar su país como zona de refugio, como santuario para sus tropas en caso de emergencia. Como el acuerdo no era gratis, algo prometió Félix Díaz como pudo ser la devolución de Chiapas. Después de un acercamiento entre Luis Medina Barrón, emisario de Félix Díaz, y Estrada Cabrera, que auguraba buenos resultados, el acuerdo naufragó. Por supuesto que Blanquet supo de tales acuerdos y de las incursiones armadas a suelo mexicano destinadas a derrocar a Carranza, pero no participó. También se enteró de la incursión de un desesperado Ignacio Morelos Zaragoza, que culminó con su aprehensión y reclusión carcelaria, la de Felipe Ángeles, que después de llamados angustiosos por reunir a los restos del villismo, fue traicionado, aprehendido, y previo juicio de guerra, fusilado. Pero ello no desanimó a Blanquet. Para finales de 1918, había entablado contacto con Félix Díaz. Como es sabido, este último deambulaba sin pena ni gloria por suelo mexicano. Al cabo de poco más de dos años había transitado sin gran éxito por Tamaulipas, Nuevo León, la ciudad de México, Puebla, Oaxaca, Chiapas y Veracruz. Nunca perdió las esperanzas de resucitar los restos del ejército federal para fortalecer su Ejército de Reorganización Nacional. A pesar de no encontrar el apoyo esperado, jamás desfalleció. Siguió adelante en su cruzada anticarrancista.

Pero resulta obvio que Blanquet estaba lejos de haber claudicado. No se quedó quieto. Al igual que otros militares, participó en toda clase de conspiraciones anticarrancistas. Por ejemplo, al ser expedida la Constitución Política de 1917, no faltaron las protestas en su contra. Un grupo de militares expatriados en los Estados Unidos publicó un largo documento entre cuyos firmantes figuraban los generales José Alessio Robles, Carlos García Hidalgo, Ignacio Morelos Zaragoza, Luis E. Torres, y Aurelio Blanquet, entre otros (Liceaga, 1958: 421-425)¹⁰. Estuvo atento a la incursión armada montada por Félix Díaz en febrero de 1916, e incluso participó de las reuniones para integrar una Junta Administrativa de Fondos (Liceaga, 1958: 426). Lo sorprendente es que si no hubo acercamiento entre Blanquet y Huerta, sí la hubo con Félix Díaz. Ello debió ocurrir en el segundo semestre de 1915, o en el caso extremo, en enero de 1916, cuando Félix Díaz se aprestaba a dejar suelo americano. A raíz de ello, el contacto continuó. Gayón afirma claramente que Blanquet seguía con “profundo interés y simpatía las empresas de aquellos compañeros, como el Sr. Gral. Díaz, con quien le liga una franca y leal amistad, que luchan heroicamente por la reconquista de México” (1918). Y efectivamente, Blanquet no tardó en secundar sus pasos, en sumarse a la lucha armada en suelo mexicano, de lo cual ya no se ocupó Gayón.

Se desconocen los entretelones seguidos para la incorporación de Blanquet al movimiento felicista. No se sabe de quién surgió la iniciativa. Si fue el propio Blanquet o provino de Félix Díaz. El primero estaba en los Estados Unidos y el segundo en suelo mexicano. En la biografía de Félix Díaz escrita por Liceaga nada de ello se registra. De cualquier forma, existen algunos datos indicativos de ello. Pero antes de seguir adelante, es necesario hacer un paréntesis. A mediados de 1913 Huerta le cortó de cuajo las aspiraciones presidenciales a Félix Díaz, y mediante una extraña comisión a cumplirse en Japón, lo sacó de la jugada y del país. Con la absoluta complacencia de Blanquet, le impidió participar en las elecciones presidenciales de octubre de 1913. A partir de tales incidentes, el sobrino del dictador vivió en el exilio. Lo expuesto implica que hubo cierto resquemor. Salvadas las diferencias y a pesar de tener los años encima, setenta para ser exactos, Blanquet aceptó. Tanto era su rabia contra Carranza que no vaciló en sumarse al movimiento felicista, lo cual implicaba regresar a México. Para Blanquet era la última esperanza. Su última oportunidad para vengar la humillación que significó su desalojo del poder en julio de 1914 y el exilio. Por supuesto que no fue tan torpe para ignorar que podría perder la vida. De cualquier forma estaba resuelto a jugarse su última carta.

A finales de octubre de 1918, Félix Díaz realizó una de tantas modificaciones de su flamante ejército reorganizador nacional. Como era previsible, siempre figuró como general en jefe, pero lo novedoso fue que Aurelio Blanquet apareció como general segundo en jefe (Liceaga, 1958: 486). Pero no fue el único. En el citado ejército felicista figuraban otros militares del extinto ejército federal. Nos referimos a Luis Medina Barrón, Higinio Aguilar, Marcelo Cavareo, Juan Andrew Almazán, Joaquín Jiménez

¹⁰ Toda la odisea de Aurelio Blanquet aparece registrada en la *Revista mexicana*, los números correspondientes al 30 de marzo, 13 y 20 de abril, 4 y 27 de mayo de 1919, y en *El Universal*, 21, 22 y 23 de abril de 1919.

Castro, Leopoldo Díaz Cevallos, entre otros. El mismo Luis Liceaga aporta datos que permiten reconstruir el derrotero seguido por Blanquet para llegar a México y asumir el cargo de Segundo en Jefe del Ejército Reorganizador Nacional. Señala que a principios de marzo de 1919 terminó sus compromisos en los Estados Unidos y estuvo listo para trasladarse a México. Se trasladó a la Habana, lugar en donde montó una expedición financiada por Salvador Turanzas del Valle (Liceaga, 1958: 538). En una carta fechada el 12 de marzo dirigida a Isabel Alcolea, esposa de Félix Díaz, Blanquet le expresa: “Cuando estas líneas sean en poder de usted habré yo tenido la inmensa satisfacción de haber vuelto a pisar nuestra tierra querida” (Archivo SRE, 1919). A continuación agrega: “voy a reunirme con su querido esposo y sumar mis energías y mi buena voluntad a sus ejemplares esfuerzos por salvar a la Patria” (Archivo SRE, 1919).

El representante del Félix Díaz en la Habana, Ignacio Bravo Betancourt, alquiló la goleta Clara para trasladar a los expedicionarios a las costas veracruzanas. La expedición quedó integrada por Luis G. Acosta, Francisco de P. Álvarez, Juan Montañón, Ismael Cortés, Guillermo Rosas Gutiérrez, Arturo Amaya y Francisco Traslosheros. Para evitar ser detectados por las autoridades cubanas, en la Habana abordaron un automóvil que los condujo a Bahía Honda. Una lancha los llevó a alta mar para abordar la goleta. Salvo un ligero temporal la goleta hizo el viaje sin novedad. A unas cuantas millas de la costa veracruzana fueron avistados por el cañonero Progreso y el guardacostas La Ligera, al servicio del gobierno carrancista. Después de una ligera persecución, la goleta tocó la playa de la Villa Rica de Veracruz (Liceaga, 1958: 539). Los expedicionarios desembarcaron sin mayores complicaciones. Al pisar suelo mexicano, Blanquet tomó un puñado de tierra y se lo llevó a los labios para besarla. Fue levantado en hombros y vitoreado por sus acompañantes. Como antes de desembarcar habían sido avistados por las autoridades locales, resolvieron ir al encuentro de las fuerzas felicitistas. En caballo, Luis G. Acosta tomó la delantera en su busca. Al conseguir más caballos, el resto de los expedicionarios lo siguieron. En el trayecto se toparon con Acosta, quien ya de regreso les informó la urgencia de ocultarse en un lugar seguro, en la hacienda llamada La Ciudadela, en donde se entrevistarían con Félix Díaz. Aquí llegaron a medianoche (Liceaga, 1958: 540).

Luis Liceaga asegura que el 23 de marzo, Félix Díaz, se enteró del desembarco de Blanquet y de su internación en la costa. De inmediato se dirigió a la Ciudadela donde saludó con gran solemnidad a Aurelio Blanquet. Se trató sin duda de un gran acontecimiento: la incorporación a su movimiento de la figura de gran renombre. Se trataba de un ex secretario de Guerra y Marina, de un ex vicepresidente de la República, del segundo hombre fuerte del régimen durante la mayor parte del huertismo. Nada de recriminaciones, nada de resentimientos ni rencores. Como las noticias del desembarco de Blanquet corrieron como reguero de pólvora, Carranza ordenó a Guadalupe Sánchez que no le perdiera de vista. Sobra decir que de inmediato se inició su persecución. Félix Díaz y Blanquet tomaron diversos acuerdos. Blanquet quedaba formalmente incorporado al movimiento. Sin lugar a dudas sabía que la vida que le esperaba era dura,

que implicaba grandes sacrificios y privaciones. Al día siguiente, Díaz y Blanquet salieron con sus acompañantes rumbo a la hacienda El Porvenir. Aquí recibieron la noticia de que una columna carrancista estaba tras las huellas de los expedicionarios de la goleta Clara. Pasó un día más, y Díaz y Blanquet llegaron a un lugar llamado Sierra Morena, en donde el primero expidió una circular dando a conocer al general Aurelio Blanquet como segundo en jefe del Ejército Reorganizador Nacional. Después de una larga conferencia, Blanquet inquirió sobre los elementos disponibles para atacar el puerto de Veracruz (Liceaga, 1958: 540-541). El 1 de abril, ambos jefes salieron de Sierra Morena llegando a Monte Verde al mediodía. Poco tiempo después, el 19 de marzo para ser exactos, Blanquet dirigió una arenga con tintes belicistas a sus partidarios. Una arenga en la cual el ejército federal jugaba un papel clave. Para principiar, criticó la disolución del ejército federal exigido por la revolución carrancista como condición para poner fin a la guerra civil. En otro de sus párrafos expresó:

El señor general don Félix Díaz, en unión de los generales, jefes y oficiales del Cuartel General del Ejército Reorganizador, convoca, en su trascendente Manifiesto del primero de octubre de 1918, a todos los mexicanos de buena voluntad para redimir de la ominosa barbarie carrancista a nuestra infortunada Patria. En ese Manifiesto se hace un llamado preferente a quienes pertenecemos al Ejército y Armada disueltos. No podía ser de otra manera, toda vez que ambas instituciones, además de garantizar la soberanía e independencia de la Nación, tienen la obligación muy especial que les impone el artículo primero de la Ordenanza General del Ejército, de "Asegurar el orden constitucional y la paz en el interior. Sin un ejército que asegure ese orden y esa paz, es imposible la vida de la Nación. En consecuencia la reorganización del ejército es la base indispensable de la reorganización nacional (Liceaga, 1958: 545)

Por instrucciones de Félix Díaz, el 10 de abril, Blanquet se reunió con Pedro Gabay y juntos se dirigieron a la congregación de Chavaxtla, campamento de este último. A escasa una hora de haber llegado, más o menos a las 12 del día, se presentó uno de sus correligionarios avisando que con un gran número de efectivos, el carrancista Guadalupe Sánchez se había posesionado del panteón de Chavaxtla y entablado un nutrido tiroteo. Gabay y Blanquet apenas tuvieron tiempo de salir refugiándose en un lugar llamado Barrancas Cuatas, a inmediaciones de Paso de Catalina. Al llegar a este sitio, Gabay le indicó a Blanquet que junto con sus acompañantes se pasara al otro lado de las barrancas. En el ínterin, tanto él como sus hombres detendrían al enemigo. Blanquet cruzó las barrancas, y al amanecer del día 15 de abril, Gabay se le unió. Aparentemente la tempestad había amainado. Ambos se dirigieron a los potreros de la hacienda Boca del Monte. Gabay dejó aquí otra vez a Blanquet y regresó a las barrancas para detener de una vez por todas al enemigo. Pero el enemigo estaba sobre ellos. Llegado el momento crucial, Gabay le comentó a Blanquet no había más recurso que arrojarse a las barrancas. Blanquet buscaba escapar de las garras de los carrancistas que lo buscaban con ansiedad. Pero un hombre a su edad había perdido destreza y el terreno no le era familiar. Con sus perseguidores encima, Blanquet tuvo que transitar al filo de profundas barrancas y precipicios. Un movimiento en falso hizo perder el equilibrio a su caballo y ambos cayeron al precipicio. Cayó a más de veinte metros de profundidad. Para Blanquet la muerte fue instantánea. Al observar lo ocurrido, sus perseguidores bordearon el precipicio y al llegar

a las profundidades, le cortaron la cabeza a Blanquet. En señal de triunfo, se la llevaron al puerto de Veracruz para mostrársela a sus partidarios. El festejo fue ruidoso. Las fotografías de los diarios de la época muestran la cabeza sangrante de Blanquet. El rictus del rostro provocaba náuseas. Fueron muy difundidas con la intención de hacerles saber a los exiliados la suerte que podían correr si regresaban armados a México.

Francisco Traslosheros, quien hizo la introducción a la biografía de Blanquet escrita por Gayón, no se atrevió a bajar a las barrancas. El resultado: fue capturado y ahorcado. Luis Amado, quien tampoco lo hizo, optó por suicidarse con la pistola que llevaba. Francisco de P. Álvarez, que al caer al fondo de la barranca se rompió una pierna, fue hecho prisionero. Pasada la tormenta, Pedro Gabay regresó para dar sepultura al cuerpo mutilado de Blanquet. Los cadáveres de Francisco Traslosheros y Luis Amado fueron sepultados en el cementerio de la Congregación de Coyol. Francisco de P. Álvarez fue llevado a Veracruz en donde fue asesinado pocos días después (Liceaga, 1958: 550-553). En la prensa se exhibió la cabeza mutilada de Aurelio Blanquet, causando suma consternación. Curiosamente, Guadalupe Sánchez no puso el mismo empeño en perseguir y liquidar a Félix Díaz. Sin mayores problemas lo dejaron transitar por la misma zona. La señora María de Jesús Olivo, esposa de Aurelio Blanquet, se enteró de la fatídica noticia en los Estados Unidos. Pero recuperar el cadáver de inmediato no era fácil. Había tanta inquina en su contra que todo se prestaba para la burla. Seguramente la cabeza terminó por ser devorada por las aves de rapiña. Como se había casado en el año de 1876, es probable que sus hijos Aurelio y Esperanza fueran mayores de edad. Al igual que su padre, el varón había seguido la carrera de las armas. Lo que se ignora es si también se exiliaron.

Con escasos días de diferencia, Blanquet perdió la vida al igual que Emiliano Zapata. Pablo González, protegido de Carranza, convenció a Jesús Guajardo para que montara una celada y asesinara a Zapata, lo cual ocurrió el 10 de abril para ser precisos¹¹. Así Carranza se quitaba de encima a dos peligrosos enemigos. Con la desaparición de Aurelio Blanquet y de Emiliano Zapata, Carranza se consolidaba aún más. Más la posteridad fue distinta para cada una de sus víctimas. No había pasado un quinquenio, cuando los herederos de Zapata negociaron con el gobierno de Álvaro Obregón su reivindicación y juntos lo transformaron en héroe. Así, un perdedor en la Revolución Mexicana, terminó en el panteón de los héroes de la revolución mexicana. En cambio, Blanquet quedó olvidado. El estigma sobre su persona sigue vigente.

Felipe Ángeles, quien entró clandestinamente a México antes que Blanquet, tenía las mismas intenciones: derrocar a Carranza. En su caso, su objetivo era reencontrarse con Francisco Villa en Chihuahua y consumir su máximo anhelo. Pero al igual que sucedió con Félix Díaz, su movimiento no cuajó. Fue delatado y aprehendido el 15 de diciembre de 1919. Por supuesto que Ángeles estuvo enterado de la suerte corrida por Blanquet. Sometido a

¹¹ Sobre la muerte de Aurelio Blanquet y Emiliano Zapata, ver el informe del 22 de abril de 1919, en el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, L-E-804, legajo 5, y John Womack Jr., *Zapata y la revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1985, 320-321.

consejo de guerra extraordinario fue condenado a la pena de muerte por el delito de rebelión. Su ejecución tuvo lugar el 26 de diciembre de 1919¹². Para Ignacio Morelos Zaragoza, sobrino del general Ignacio Zaragoza, la suerte fue más benévola. En la última semana de marzo de 1918, junto con su hijo Roberto y diez hombres más, cruzaron las aguas del río Bravo, a escasas cuatro leguas de Laredo, Texas. Pisó lo que llamó “santo suelo patrio”, y se encaminó a Santa Catarina, Nuevo León. Su misión era contribuir con Félix Díaz, Juan Andrew Almazán, Manuel Peláez y otros, al derrocamiento de Carranza más su encuentro con Almazán resultó por demás escabroso. En lugar de ayudarse, tuvieron fuertes desavenencias. Después de una campaña por demás azarosa que duró unos ocho meses, Morelos Zaragoza fue capturado en pleno combate con las tropas gubernamentales en el rancho Las Amarillas. Sus acompañantes huyeron en franca estampida y el general cayó del caballo quedando debajo de él. Como era previsible, lo trasladaron a Monterrey y lo recluyeron en la prisión. Aquí se topó con su hermano Miguel y su sobrino José, lo que implica que parte de la familia estaba implicada en la contrarrevolución. Para entonces se especulaba que el viejo general federal había perdido la razón puesto que desconoció a su propia esposa e hijos. En enero de 1919 fue trasladado a la ciudad de México en estado francamente lamentable. En los meses siguientes su proceso fue sumamente confuso. Las autoridades del ramo militar se declararon incompetentes para juzgarlo y su caso fue turnado a las autoridades federales. A su vez, éstas devolvieron el caso a la Guarnición de la Plaza. ¿Por qué razón? Nadie lo sabe¹³. ¿Por qué las autoridades fueron implacables con Felipe Ángeles y Aurelio Blanquet, y benévolas con Morelos Zaragoza? No sería que efectivamente estaba trastornado. En el ínterin su esposa falleció y Carranza le permitió salir de la prisión para asistir al sepelio. Años más tarde fue liberado quedándose a vivir en la ciudad de México. Finalmente falleció en diciembre de 1927¹⁴.

VIII

Pero ¿quién es Roberto Gayón?, autor de la biografía de Aurelio Blanquet, y Francisco Traslosheros, quien escribió la introducción. Sobre el primero, resulta difícil saber quién era. En su célebre *Diario*, Federico Gamboa lo ubica en Nueva York en el año de 1919. A principios de mayo de tal año reporta que después de un breve encierro carcelario, quedó libre en la ciudad neoyorkina (Gamboa, t. VI: 592). La causa: probablemente la violación de las leyes de neutralidad derivada de su actividad contrarrevolucionaria. Para entonces, su biografiado, Aurelio Blanquet,

¹² *Revista mexicana*, N.º 180, 16 de febrero de 1919, *El Universal*, 20 de marzo de 1919, Odile Guilpain Peuliard, *op. cit.*, 89-91, 96-100; Antimaco Sax, *op. cit.*, 69-70, y Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, 556 y 575.

¹³ “1918. Información reunida por Charles J. Jones”, y el “Informe político. Sediciosos”, en el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, L-E 837/legajo 12, la *Revista mexicana*, núm. 173, 29 de diciembre de 1918, y *El Universal*, 29 de diciembre de 1918. Su aprehensión y juicio están narrados en *El Universal*, 19, 24, 27 y 29 de diciembre de 1918.

¹⁴ Una biografía publicada cuando falleció, lo pintan como un ferviente antirreeleccionista. Inventa que desde joven no toleró las reelecciones de Porfirio Díaz y que a causa de ello pidió su retiro del ejército no volviendo a ingresar a éste, sino hasta que se encumbró Francisco I. Madero en la silla presidencial. Ver ello en *Excelsior*, 20 de diciembre de 1927.

había muerto. Con los escasos datos disponibles, es posible inferir que se trataba de un exiliado más, cercano a Blanquet. Sobre Francisco Traslosheros la información es más abundante. Al ser disuelta en octubre de 1913 la legislatura XXVI, hubo nuevas elecciones para resucitarla, quedando incluido Francisco Traslosheros como diputado suplente por uno de los Distritos del Estado de Hidalgo (*Diario*, 1913: 1-8). Al año siguiente, al acercarse Carranza a la capital de la República huyó del país. Desde finales de 1914 vivía en San Antonio, Texas, y participaba en diversas actividades anticarrancistas. Durante la estancia de Gamboa en los Estados Unidos, fueron grande amigos, y cuando éste se trasladó a la Habana, continuaron en estrecho contacto. Para 1916 continuaba viviendo en la misma ciudad, y como muchos otros exiliados, supo de la incursión armada de Félix Díaz. Como la nostalgia lo mataba, se acercó a los grupos felicistas y decidió jugarse el todo por el todo (Gamboa, t. VI: 201, 217, 219, 221, 344, 383, 556 y 589). Se unió a Aurelio Blanquet en su incursión armada a México, en la cual para su desgracia perdió la vida.

Los autores de este artículo agradecemos a nuestras respectivas instituciones y al Sistema Nacional de Investigadores por el apoyo que siempre ha facilitado nuestras investigaciones.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAZÁN, Juan Andrew (1957) "Memorias", en *El Universal*, 1958 y 1959.
- ARCHIVO HISTÓRICO DE LA SECRETARÍA DE RELACIONES EXTERIORES, L-E-804, legajo 5, y
- BANCROFT, Hubert Howe, DÍAZ, Porfirio, CREELMAN, James (1912) *Master of México*, Nueva York, Londres.
- BEALS, Carleton (1932) *Porfirio Díaz. Dictator of México*, Philadelphia, Lippincott.
- BULNES, Francisco (1992) *El verdadero Díaz y la revolución*, México, Contenido.
- CALZADÍAZ BARRERA, Alberto (1982) *Hechos reales de la revolución, General Felipe Ángeles*, México, Ediciones Patria.
- CARAVEO, Marcelo (1992) *Crónica de la revolución (1910-1929)*, México, Trillas.
- CERVANTES, Federico (1964) *Felipe Ángeles y la revolución (Biografía 1869-1919)*, México, sin editorial.
- COSÍO VILLEGAS, Daniel (1972) *El Porfiriato. La vida política interior*, segunda parte, México, Hermes.
- (1970) *El Porfiriato. La vida política interior*, primera parte, México, Hermes.
- (1963) *El Porfiriato. La vida política exterior*, segunda parte, México, Hermes.
- (1960) *El Porfiriato. La vida política exterior*, México, Hermes.

- CUMBERLAND, Charles (1974) *Mexican revolution. Genesis under Madero*, University of Texas Press.
- D'OLWER, Luis Nicolau, CALDERÓN, Francisco R., NAVA OTEO, Guadalupe, ROSENZWEIG, Fernando, COSSÍO SILVA Luis, PERALTA ZAMORA Gloria, COELLO SALAZAR, Emilio (1965) *El Porfiriato. La vida económica*, primera y segunda parte, México, Hermes,
- DIARIO DE LOS DEBATES DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS, 18 de noviembre de 1913.
- DÍAZ, Porfirio (1994) *Memorias de Porfirio Díaz*, México, CONACULTA,.
- GAMBOA OJEDA, Leticia (1993) "XV. El movimiento revolucionario, 1906-1917", en *Una historia compartida*, Carlos Contreras Cruz, Puebla, Gobierno del Estado de Puebla- Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, UAP, 351-352.
- GAMBOA, Federico, *Mi diario*, México, Ediciones Botas.
- GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés (1958) *El Porfiriato. La vida social*, México, Hermes.
- GONZÁLEZ RAMÍREZ, Manuel (1974) *La revolución social de México. I. Las ideas-la violencia*, México, Fondo de Cultura Económica.
- GONZÁLEZ, Luis (1986), *La dictadura de Díaz*, en *Dictaduras y dictadores* Julio Labastida Martín del Campo (coordinador), México, Siglo XXI, 161-1778.
- GUILPAIN PEULIARD, Odile (1997) *Felipe Ángeles y los destinos de la revolución mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica.
- HENDERSON, Peter (1973) *Counterrevolution in Mexico: Félix Díaz and the struggle for national supremacy, 1910-1920*, Michigan, Ann Arbor.
- HUERTA, Victoriano (1957) *Memorias de Victoriano Huerta*, México, Vértice.
- ITURRIBARRÍA, Jorge Fernando (1967) *Porfirio Díaz ante la historia*, México.
- LA FRANCE, David (1987) *Madero y la revolución mexicana en Puebla*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla.
- LICEAGA, Luis (1958) *Félix Díaz*, México, Justo.
- LÓPEZ PORTILLO, José (1957) *Elevación y caída de Porfirio Díaz*, México, Porrúa.
- LÓPEZ PORTILLO, José, WEBER (1960) "José Refugio Velasco, soldado: las horas definitivas en la vida de un hombre ejemplar, durante la crisis más grave de la historia de México", *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, México, Academia Mexicana de la Historia, vol. XIX, N° 4, octubre-diciembre, 339-436.
- MALDONADO, Calixto (1922) *Los asesinatos de los señores Madero y Pino Suárez: recopilación de datos históricos*, México.
- MELLADO, Guillermo (1914) *Los crímenes del huertismo*, México.
- MEYER, Michael (1984) *El rebelde del norte. Pascual Orozco y la revolución*, México, UNAM.
- (1983) *Huerta. Un retrato político*, México, Domés.
- MOLINA ENRÍQUEZ, Andrés (1986) *La revolución agraria de México 1910-1920*, México, Coordinación de Humanidades UNAM, Miguel Ángel Porrúa.
- NIEMEYER, E. V. (1966) *El general Bernardo Reyes*, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León-Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León,.

- PODAN, Mateo (1944) *Porfirio Díaz, deber y haber*, México, Botas.
- RAMOS, Miguel (1960) *Un soldado. Gral. José Refugio Velasco*, México, Oasis.
- ROEDER, Ralph (1992) *Hacia el México moderno. Porfirio Díaz*, México, Fondo de Cultura Económica.
- SAX, Antimaco (1916) *Los mexicanos en el destierro*, San Antonio, Texas, International Printing Company.
- ULLOA, Berta (1979) *Historia de la revolución mexicana. Periodo 1914-1917*, N° 4, México, El Colegio de México.
- WOMACK, John (1985) *Zapata y la revolución mexicana*, México, Siglo XXI.